Saga Occulta

Libro 3

\*

El Demonio también llora

Por L. R. Macleod Talbot

© Todos los derechos reservados

**Contenido**

[Una visión sobrenatural](#_Toc109328682)

[Año 1995: En algún lugar del océano](#_Toc109328683)

[Año 1940: En algún lugar de Europa central](#_Toc109328684)

[Buscando candidatos](#_Toc109328685)

[En el funeral](#_Toc109328686)

[Los dos hermanos](#_Toc109328687)

[La última noche](#_Toc109328688)

[En la cabaña](#_Toc109328689)

[El túnel](#_Toc109328690)

[La salida](#_Toc109328691)

[Lo prohibido](#_Toc109328692)

[La partida](#_Toc109328693)

[El ataque](#_Toc109328694)

[La enfermedad](#_Toc109328695)

[Cueva viva](#_Toc109328696)

[Adiós al Kuarajinato](#_Toc109328697)

[El sicario](#_Toc109328698)

[El reencuentro](#_Toc109328699)

[Rumbo al País de los Inmortales](#_Toc109328700)

[Lo inesperado](#_Toc109328701)

[En el Inframundo](#_Toc109328702)

[Indael y Brigantia](#_Toc109328703)

[Netvor y el nigromante](#_Toc109328704)

[El País de los Inmortales](#_Toc109328705)

[El Maestro](#_Toc109328706)

[El entrenamiento](#_Toc109328707)

[Las apariencias](#_Toc109328708)

[El pacto de Indael](#_Toc109328709)

[La invocación](#_Toc109328710)

[El pacto de Netvor](#_Toc109328711)

[El día después](#_Toc109328712)

[Los hermanos](#_Toc109328713)

[Atrapados por el destino](#_Toc109328714)

[Epílogo](#_Toc109328715)

**Buscando candidatos**

El sonido del mar yendo y viniendo por la playa solitaria, llenaba el ambiente de calma.

-Siempre me ha gustado el mar –dijo la voz masculina del señor Di mientras dejaba su vaso de whisky sobre la mesa-. Si pretendes pasearme por la historia de los humanos, ya la conozco.

-Y yo. Solo eran dos ejemplos.

-¿Ejemplos de qué?

-De buenos padres, buenos maridos, buenos trabajadores que cumplen con lo que se espera de ellos. Para los humanos ese sería el resumen de ser buena persona. Unos buenos hombres y mujeres.

-Los humanos son muy básicos, incluso aquellos que se retuercen pensando. Ve al grano.

-Una muestra más, para ser justos. Mírala allí –dijo el señor De señalando la playa.

-¿Adónde? No veo nada –dijo el señor Di adelantando el cuello sin despegar la espalda del respaldo, de modo que asemejaba su anatomía a la de un buitre, con la cabeza medio enterrada entre los hombros.

-Espera, espera, nada más soy un viejo Demonio.

Como una aparición, de la nada, surgió una joven paseando por la orilla con un perrito que corría a su alrededor.

-Observa –indicó con calmada autoridad el señor De.

La joven se inclinó frente a ellos para acariciar al perro, y sonrió con simpatía, luego saludó con la mano y siguió caminando un poco más despacio.

-Ilústrame –pidió el señor Di cogiendo de nuevo el vaso de whisky.

-Está coqueteando con nosotros.

-¡Por favor! Tenemos la apariencia de dos hombres viejos, muy viejos.

-Bueno, he cambiado un poco nuestra apariencia, digamos, a la de dos cincuentones de buena planta en términos humanos. Ella no lo sabe, es instintivo. Todos sus prejuicios se activaron en cuanto nos vio, pero ella cree que está usando su experiencia e intuición para adivinar si estamos disponibles, si somos heterosexuales, si somos solventes económicamente, y un larguísimo etcétera que ha puesto en guardia toda la química de su cuerpo. La predeterminación de la especie y las hormonas forman un pésimo coctel.

-No es justo que juzgues tan radicalmente sus reacciones. Esa muchacha no pudo saber lo que somos en realidad, ni ver nuestro aspecto auténtico.

-¿Auténtico? La atracción sexual que manifiestan los humanos tiene muy poco de auténtico.

-¿Y qué? ¿Vas a aburrirme con los rituales anteriores al apareamiento?

-No –contestó el del coñac, moviendo el dedo en el que llevaba el anillo y haciendo desaparecer en la bruma a la mujer-. Quiero demostrarte que tanto ella, como el pescador o el Jefe del Campo, solo buscaban aprobación, querían agradar a alguien más: a sus esposas, a sus hijos, a un líder, a nosotros…

-¿Y con eso qué quieres probar?

-Desde el inicio, los humanos se han masacrado unos a otros sin piedad, se han robado inventos e ideas, incluso los inteligentes se han unido para ensalzar al mediocre y machacar a otro inteligente, eliminando así la competencia. Desde hace mucho, además, están acabando con el resto de especies, con el lugar en el que viven. Tú y yo sabemos que este mar de ensueño es una tumba de gente, animales y máquinas de guerra. Lo son las playas, muchos bosques, las cunetas. Han construido sus civilizaciones sobre el cementerio de sus propias víctimas.

-No veo que estés llorando, ¿debería llorar yo? –preguntó el señor Di.

-Deberías reconocer, de una vez, que los humanos no necesitan nuestra influencia para ser malvados, porque traen el mal en su interior previo nacer.

Una gaviota se posó en la arena mojada y dejó un rastro ondulante antes de retomar el vuelo.

-¿La gaviota es para algún otro ejemplo? –preguntó Di con más sarcasmo que curiosidad.

-El mar está ahí, yo no tengo poder sobre él, ni sobre esa gaviota; lo sabes. Solo te he mostrado unas imágenes. Uno, mutila peces hasta la extinción para mantener a su familia, el otro cumple órdenes para proteger a su familia, ella seguía sus instintos para perpetuarse como especie. Los humanos siempre encuentran una justificación para lo que hacen.

-¿Cómo sabes que los de tus ejemplos no estaban poseídos por vosotros? Sois muchos.

-¿En serio? –preguntó el señor De, apretando la boca fina como una ranura, y cogiendo por primera vez su copa con la que había estado jugueteando- ¿Qué demonio iba a querer poseer un cuerpo tan lleno de necesidades y despojos como el de un ser humano? Y de ser así, ¿por cuánto tiempo?: ¿el suspiro de una vida humana?

-Sin vuestra influencia, no habría maldad.

-¿Es que tú, alguna vez en todos estos siglos, has influido en algún parto?

-¿Qué dices? ¿Eso que tiene que ver? –preguntó el señor Di despegando sus ojos del horizonte.

-Millones de mujeres han muerto de parto hasta que los mismos humanos descubrieron la manera de evitar los males que las aquejaban, y disminuir el dolor.

-¿Y?

-El parto lo desencadena el bebé, no la madre. El bebé tiene que nacer porque ese es su minuto de gloria, sin importar si el cuerpo de la madre está o no preparado. Son malvados antes de ver la luz del mundo.

-¿Propones que también son demonios?, ¿otra clase de demonios? Que sean malos por sí mismos, implicaría que podrían llegar a autodestruirse, y si así fuera, ¿cuál sería tu lugar y el mío, cuál nuestro sentido de existir?

-Tú hablas como si estuviésemos al servicio de los humanos. Podemos convivir con ellos como los entes completos que somos, sin necesidad de poseerles. Su maldad es vulgar, básica: matar, torturar, humillar.

-¿Y qué motiva su crueldad sino vosotros? ¿Qué hacéis aquí? ¿Para qué existís? ¿Qué hay de la batalla final? Sabes que nos preparamos para una gran batalla final que esperamos ganar.

-Sí, sí –rio el señor De bebiendo un largo trago que dio vueltas en la boca antes de dejar bajar por la garganta-, toda esa tontería dramática de los muertos, volviendo a la vida y castigando a los vivos, de unos demonios de apariencia grotesca persiguiendo a hermosas vírgenes humanas. Una fábula increíble para asustar a los niños de otras épocas. El mundo está plagado de ejemplos de la debilidad humana.

-Los ejemplos son solo eso, ejemplos, situaciones escogidas y sacadas de contexto; hasta los niños de primaria saben que en la realidad, hay problemas más complejos que los que muestran tus ejemplos. Sabes que los has escogido arbitrariamente. ¿Adónde quieres llegar?

-Mi enfoque es algo diferente. Para que entiendas mi punto de vista, para que entiendas la realidad de tus supuestos protegidos, necesito buscar unos candidatos apropiados. Te propongo hacer un experimento: elijamos a dos personas emparentadas entre sí por lazos de sangre, que según dicen los humanos, son los lazos más fuertes, y llevémoslos hasta una situación que ponga a prueba sus voluntades.

-¿Quiénes?

-Dos que no tengan más familia que a sí mismos, lo cual ahorrará averiguaciones cuando desaparezcan.

-¿Tu experimento requiere de secuestrar a dos humanos?

-Llevarlos hasta otro tiempo y otro lugar, y ver qué hacen con su civilización, su voluntad y sus emociones. Digamos que solo los apartaré un poco de sus zonas de confort. Veamos, busquemos candidatos para el experimento.

-Buscarás tú. Yo no intervendré en ningún experimento. Pero ten en cuenta que si te metes en sus vidas, estarás influyendo en ellos. Esta gente no necesita más conflictos que los que ya han sufrido con vuestra mala influencia –dijo el señor Di con tono de advertencia.

-Querrás decir, con el libre albedrío que les “regalaste”. No te preocupes tanto, amigo mío, elegiré dos y no les haré ningún daño –dijo dándole una palmada en el hombro-. No sufrirán más daño que el que ellos mismos se hagan. Te doy mi palabra –agregó levantando las palmas de las manos frente al paisaje marítimo que se iba poniendo brumoso.

-Caminemos un poco –dijo el señor Di mientras se levantaba con esfuerzo-. Dos son pocos para desatar una nueva guerra –murmuró perdiéndose en sus pensamientos.

-¿Tú crees? –preguntó en voz baja el señor De cogiendo su copa antes de ponerse de pie.

Caminaron hasta la orilla húmeda, sin dejar huellas a su paso, y se detuvieron adonde llegaban las primeras ondas. Se mojaron los pies desnudos y dejaron que el agua los enterrara hasta el tobillo en ese ir y venir del mar entresacando arena. El señor De movió su copa en círculos, bebió y agitó en el aire la mano del anillo abriendo un hueco en la realidad.

-Buen truco –reconoció el señor Di.

-Tú observa con atención.

Un hombre vestido de blanco, sobaba un gran bulto de masa en una mesa enharinada. Tenía las muñecas anchas y los brazos gruesos. Los lóbulos de sus orejas se veían gordos y enrojecidos, sobresaliendo por debajo de la goma del gorro, que llevaba encajado hasta la mitad de la frente. Silbaba bajito, como si en vez de soplar absorbiera el aire tibio del obrador solitario. Parecía un panadero, ensimismado y contenido por un halo amarillento, que emanaba la lámpara que colgaba sobre su cabeza.

Un ruido metálico, igual que si algún utensilio de cocina hubiese caído al suelo, paralizó sus movimientos; levantó la cabeza en la que el gorro no dejaba ver si tenía o no pelo, y después de limpiarse en el delantal, se fue alejando mientras se internaba en la oscuridad. Sus pasos amortiguados por las suelas de goma dejaron huellas oscuras en el suelo empolvado. El panadero temió más que hubiera ratones que ladrones, en su cocina. Se detuvo a escuchar los ruidos que lo habían alarmado, y abrió una puerta por la que penetró abundante luz.

-¡Sorpresa! –Gritó un grupo de personas sonrientes de ojos somnolientos- ¡Feliz aniversario, abuelo!

El panadero aflojó la tensión de los hombros y sonrió asintiendo, mientras los demás lo abrazaban por turnos.

La imagen se fue diluyendo en la niebla...

-Demasiada familia -dijo el señor De desilusionado, borrando la escena con un gesto rápido-. No sé si es que no sirve, o no me despierta ninguna curiosidad –agregó más para sí mismo que para justificarse ante el señor Di.

Después de observar fijamente el resto de coñac en el cual no se reflejaba, y llenarse de aire marino, movió otra vez la mano e hizo emerger de la niebla una carretera solitaria, entre árboles muy altos que ocultaban el paisaje; por ella, como un diminuto insecto, avanzaba un coche.

-¿Qué? ¿Este? –preguntó el señor Di al ver que lo conducía un hombre joven.

-No, este tampoco me sirve; lleva sillas de niño en el asiento trasero. No pensé que siendo tan joven estuviera ya con mujer e hijos.

-Quizá no es su coche o quizá las sillas no sean de sus hijos –dijo el señor Di con pena.

-Da igual, la familia siempre es un coñazo.

-¿Y por qué no eliges una mujer? –propuso Di.

-Lo que lleve entre las piernas me tiene sin cuidado –contestó estimulado por la búsqueda.

Antes de poder ver nada, ambos ancianos se encontraron sumergidos en el sonido ensordecedor de un tamborileo vertiginoso. Voces pronunciando frases superpuestas que no llegaban a entender, se escuchaban cada vez más alto.

Una mujer de unos cincuenta años, tecleaba a toda velocidad en un ordenador personal; estaba rodeada de papeles y junto a ella, sobre el asiento de una silla, había varios vasos con restos de café.

El polvo sobre los muebles y la cocina impoluta, a no ser por más restos de café seco en el fondo de unos cuantos vasos olvidados en la encimera, o en la pileta, hacían evidente el desorden y el abandono.

-Esto promete –susurró el señor De tocando con el codo a su compañero-. Parece que vive sola, así que no habrá marido ni hijos que la echen de menos.

El teléfono de la mujer sonó debajo de unos papeles, y ella lo contestó fastidiada por la interrupción.

-Buenos días -saludó una voz sonriente y excesivamente melodiosa-. ¿Lista para la presentación? Me han dicho en la Librería Central que ya se ha acercado gente a preguntar por la novela.

-¿En serio? ¡Qué bien! –contestó sin despegar los ojos de la pantalla blanca llena de palabras apretadas.

-Sigues sorprendiéndote… -continuó la voz amable al no obtener más respuestas ni preguntas.

-Estoy con la próxima.

-¡Genial!, pero no te olvides de que tenemos reunión con los de la productora, y la presentación por la tarde.

La imagen y el sonido se apagaron de pronto, como si un telón negro hubiera caído encima…

-Premios, reconocimiento, fama, no, no nos sirve. Además, los demonios de la mente de un escritor son más temibles que nosotros –reconoció el señor De con respeto en la mirada-. Un escritor no, jamás.

-¿Pero qué buscas exactamente?

-Quiero gente con una existencia cómoda, pero nunca mentes torturadas. Nada de pobres ni de héroes que trabajen como cooperantes. Tampoco multimillonarios perversos, altruistas, o infelices con tres trabajos. Solo personas comunes, con buena salud y buenas vidas. No puedo ser más específico. Lo sabré cuando lo vea.

Los hombres habían retomado el paseo, que discurría pacífico e interminable mientras charlaban.

-Hay mucha gente por ahí, ¿qué más da? Busca a cualquiera, pero no le hagas daño –repitió el señor Di deteniéndose de repente con ojos inquisidores.

-Ya te dije que no te preocuparas, no te pongas pesado –dijo el otro palmeándole el hombro-; no importa lo que yo haga, la peor amenaza para tus hombres y mujeres siempre serán ellos mismos. Me parece que me decantaré por dos, y no sirve cualquier lazo de sangre; creo que deberán encontrarse en igualdad de condiciones, por lo tanto, deberán ser dos hermanos, eso, ¡serán hermanos! –dijo asintiendo- Acotaremos la búsqueda a unos hermanos huérfanos, o enemistados con sus padres, y sin pareja.

-Querrás decir que tú acotarás.

-Sí, sí claro. Olvidaba que tú nunca intervienes -dijo entre dientes-. Puede que haya encontrado algo interesante. Mira, ahí va un candidato perfecto –indicó deteniéndose en uno de los tantos agujeros que había ido abriendo en la bruma, y pasando como si fuesen páginas de un libro-. Es un candidato: fatuo, engreído, pagado de sí mismo, se llevaría el mundo por delante, y en efecto lo hace cada día, porque de otro modo, no se consideraría a sí mismo un triunfador.

-¿Y el hermano? ¿No buscabas dos hermanos?

-Debe haber uno, en su conciencia creo que existe. Algo no deja que este perfecto ejemplar de mezquindad humana se exprese totalmente. Ahí va acercándose, “Urbanización Los Olmos”, bien, cumple con la cursilería cotidiana. Casitas limpias con jardines pulcros y cortinas en las ventanas. Sin duda es el candidato ideal. Espero que no tenga mascota; detesto ver perros perdidos y gatos famélicos, y lo de enjaular pájaros para mirarlos, siempre me ha parecido de un sadismo insoportable.

-No te vayas por las ramas. Muéstrame lo que tienes –pidió el señor Di frunciendo el ceño.

**En el funeral**

Tres personas rodeaban el agujero de la tumba abierta. Se encontraban apartadas unas de otras a pesar del poco espacio que había en el viejo cementerio, casi como si hubieran sido obligadas a estar allí por cuestiones que ni siquiera compartían.

Un cura de riguroso negro, leía un texto piadoso para el descanso pacífico del difunto. Aunque por su dicción atropellada y el viento que se llevaba la mayoría de sus palabras, hubiera podido estar leyendo cualquier otra cosa. Llevaba el rictus profundo de la mala voluntad grabado en el rostro, igual que si hubiese sido arrancado de una boda en la que estaba destinado a pasárselo mejor.

Enfrente del párroco, un hombre joven de mirada reticente, simulaba escuchar acariciando el reloj con una mano sobre la otra. Era un reloj antiguo, de otra época, como el cementerio. Más atrás, entre unas cruces inclinadas por el peso del tiempo, con la ropa de trabajo oculta bajo una gastada chaqueta de luto, el sepulturero de mediana edad y tez curtida, esperaba dejando escapar la mirada por encima de la cerca, como si desease que alguien apareciera de la nada en el paraje desierto.

-Gracias -dijo el más joven, estrechando la mano del cura al tiempo que le daba un billete.

El cura se metió la mano en el bolsillo, saludó con un gesto de la cabeza y se alejó hacia el coche, en donde un invitado de aquella boda, que debía encontrarse en pleno apogeo, esperaba para llevárselo de vuelta a la fiesta.

-¿Usted se encargará del mantenimiento de la tumba? –preguntó el cuidador del cementerio, acercándose a echar las primeras paladas de tierra sobre el ataúd- El Seguro no cubre el mantenimiento.

Indael no supo qué contestar y se dio vuelta para marcharse. El espacio del cementerio se le ocurría cada vez más estrecho, y el ruido de la tierra contra la caja se había acompasado con su propio corazón, por lo que deseaba alejarse lo más posible.

Pero entonces un cuarto hombre que había permanecido de pie más atrás, se calzó la gorra y se acercó a estrechar la mano del joven.

-Lo acompaño en el sentimiento. Soy el casero que le alquilaba la cabaña al Profesor. ¿Quiere verla? –dijo de corrido sin soltarle la mano.

-Gracias, pero apenas lo conocía. Soy Indael Láskaris –contestó sin detenerse, pensando que si seguía allí acabaría pagando las deudas del difunto.

-Pero está usted aquí. Será solo un minuto, y así no se queda con un recuerdo tan triste. ¿Quiere ver la cabaña? Está cerca –insistió caminando a la par.

Una fina lluvia entreverada con el sol, arrancó unos colores al atardecer, y la barba de Indael adquirió brillos cobrizos; fue un destello que convirtió su silueta en una estatua de metal, a medida que caminaba siguiendo los pasos del casero.

-Era un buen inquilino, pagaba siempre sin demora, pero quisiera pedirle un favor: no mencione a la gente del Campus que el Profesor ha muerto en la cabaña, porque necesito volver a alquilarla, y como siempre, dejo carteles en la Universidad. ¿Cree que será necesario traer a un brujo para que purifique la cabaña? –preguntó mientras abría la puerta- Yo pienso que es una memez, pero la gente habla y es supersticiosa, así que estoy dispuesto a hacer lo que haga falta.

La casa de troncos tenía solo un cuarto convertido en estudio, con un camastro a un lado y una cocina en un rincón. El hogar de leña llevaba tiempo sin encenderse.

-El Profesor no lo usaba –dijo el casero apresurándose a remover la ceniza vieja con un gancho que colgaba a un lado-, pero siempre mantengo el tiro limpio.

Indael miró la estancia a la luz de la puerta abierta; una luz que señalaba los cercos de polvo acumulado sobre las cosas olvidadas. En el extremo opuesto, junto a la ventana, había una mesa cubierta de libros y carpetas. Se acercó despacio, mirando sin tocar.

-Internet no hay, pero el Profesor instaló él mismo un sistema para sacar energía del sol, y después me insistió para que desconectara la vivienda de la red eléctrica. El Profesor llevaba cinco años alquilándola; le gustaba este lugar, nadaba todos los días en el lago, y le aseguro que esa agua está fría como un hielo. Yo mismo, que he nacido aquí, no me he vuelto a meter desde que era un muchacho… Yo creo que lo alcanzó el rayo; no se me ocurre otra cosa, aunque nunca vi un árbol que quedara así con un rayo. Debió tocarlo antes de descargar, y por las huellas, me di cuenta de que el pobre hombre solo tuvo tiempo de llegar hasta aquí. Había muchas huellas, la verdad…

-¿Ah, sí? –preguntó más por cumplido que por interés.

-Sí, unas huellas muy raras junto a la orilla. No las identifiqué con ningún animal. Eran grandes y de alguien pesado, pero hace mucho que nadie ve osos por esta parte del bosque.

-¿Pudo atacarlo un oso?

-No, no, no tenía arañazos de ese tipo, solo las quemaduras del rayo… Todo el mundo sabe que es peligroso estar junto al agua cuando hay tormenta… Igual encuentra algo que sirva antes de que la limpie –decía el hombre cambiando de uno a otro tema mientras intentaba disimular el desorden acumulado.

Indael se sentía como un ladrón, tan solo por estar mirando las cosas del Profesor Molise. Aunque no las tocara, las observaba con avidez, deseando abrir los cajones y las carpetas para revisarlo todo en busca de algo más. Desde que había hablado con Molise, antes de que se volviera un completo ermitaño y se mudara a aquella cabaña, unos cinco años atrás, su única relación había sido la de saludarlo cuando lo encontraba en los pasillos de la Universidad. En ese momento, hasta le parecía exagerado haber ido al funeral y pagar a un cura para que diera un discurso de despedida a un ateo confeso.

-No sabía que el Profesor fuese católico –dijo de pronto el casero-. Los domingos siempre estaba aquí y jamás se acercó a la iglesia del pueblo.

-Puede que no practicara su fe en público –dijo Indael asomándose por una de las ventanas.

-Sí, claro –dijo el otro sonriendo-. Yo también practico mi fe pescando. No le juzgo, porque la iglesia está bastante lejos, y el cura, ya pudo comprobar que no es muy amable… La gente…

-Alquilaré la cabaña durante un mes –interrumpió con voz parca-. No hace falta que la vacíe ni la limpie.

-¡Qué bien! Seguro que encontrará algo de interés entre tanto papel –dijo aliviado el casero, y apuntando la cifra requerida en la pantalla de su móvil, se la enseñó como un completo profesional-. ¿Le parece bien? –preguntó ante el silencio del otro.

Indael pagó en efectivo y se despidió.

-Espere –lo detuvo cogiéndolo del brazo-. Tome la llave. ¿Quiere que le enseñe los alrededores? El lugar donde dio el rayo está muy cerca, siguiendo el camino del lago…

-No hace falta. Confío en que todo estará bien y tengo su teléfono –dijo estrechándole la mano y sonriendo por primera vez.

Salió rápidamente para evitar que el casero siguiera hablando, y desanduvo el sendero, a grandes pasos, como si lo persiguieran. Cuando vio su coche, respiró aliviado y se dejó caer en el asiento, se aflojó la corbata y abrió los dos primeros botones de la camisa antes de arrancar.

A un lado, las piedras mojadas del cementerio brillaron con las últimas luces, y un trueno lejano afianzó la lluvia. Indael emprendió el regreso a sabiendas de que volvería, en cuanto pudiera convencer a su hermano, de la importancia de lo que había que buscar allí.

**[Gracias por leer. Espero que te haya gustado.](https://www.amazon.es/El-Demonio-tambi%C3%A9n-llora-peligrosos/dp/B0B7QCW2G6/ref%3Dtmm_pap_swatch_0?_encoding=UTF8&qid=&sr=)**

**[Si quieres acceder a todo el Contenido, sigue el siguiente enlace, te conducirá a una página de Amazon](https://www.amazon.es/El-Demonio-tambi%C3%A9n-llora-peligrosos/dp/B0B7QCW2G6/ref%3Dtmm_pap_swatch_0?_encoding=UTF8&qid=&sr=)**